

principalmente como holocausto debido á las exigencias de la política, pregonadas muy alto por Juárez, enacatamiento del principio de autoridad. Rocha también rendía otro parte y daba cuenta de que ya había reclamado á los prisioneros para cumplir con las órdenes que se le comunicasen sobre el particular.

Todos vieron muy claro que estábamos de antemano condenados á muerte y con objeto de salvarnos se echó mano de recursos que apenas son imaginables. Toda la prensa, sin distinción de colores políticos, clamó á una voz pidiendo que fuéramos perdonados. Unos periódicos, como los de Colima, Veracruz y Guadalajara, hacían mérito de nuestros servicios prestados en la guerra extranjera y pretendían que era un deber del gobierno que nos otorgara el perdón. Otros, como los que sostenían la política del gobierno, convenían en que se nos impusiera algún castigo, pero nunca el de la muerte, aconsejando en aquel caso la misericordia.

Los masones llamaron á Juárez á un festín y pronunciaron allí elocuentes discursos, distinguiéndose entre los oradores el joven Clemente Vazquez, que estuvo según supe después arrebatador, sin que ninguno lograra alterar un solo músculo en el rostro lleno de severidad azteca del Presidente. Lo que hizo fué no dar contestación á ningún brindis y responder á las interpelaciones privadas que no era á él sino á la majestad augusta de la ley á quien le tocaba decidir sobre nosotros. Mi desolada familia, acompañada de mis numerosos amigos personales, fué tam-

CAPITULO XLVI.

LA FUGA.

Entre tanto, la noticia de nuestro fracaso había producido gran sensación en la prensa del país y entre las relaciones de los prisioneros, considerándose que según la usanza y las órdenes terminantes comunicadas sin embozo, por el Ministro de la Guerra, todos debían sufrir la última pena. Treviño había rendido el parte de su fácil victoria dándole grandes proporciones y poniendo mi nombre pomposamente á la cabeza de la lista de los prisioneros, reconociéndome el carácter de coronel de caballería que era el título que se me daba en las órdenes generales y demás papeles que nos fueron aprehendidos. Había sido cogido con las armas en la mano, lo mismo que el resto de nuestros compañeros, y debíamos sin género de duda sufrir la pena última conforme á cualquier ley que quisieran aplicarnos y

bien á echarse á las plantas del primer magistrado, sin lograr tampoco arrancarle ni el mas insignificante de los consuelos, que sería en todo caso el que se le reclamaba con justicia y era: que se nos juzgara con todas las formalidades de un juicio imparcial en la capital de la República, sacándonos de aquellos lugares desiertos en que no disfrutábamos ni de una sombra de garantías. ¿Por que se nos había de privar de un derecho que se les concede por la Constitución á todos los criminales? ¿Acaso estábamos nosotros fuera de la carta fundamental? ¿No éramos ciudadanos mexicanos, y en todo caso, habitantes de la República y sujetos á sus leyes?

Esas razones, y otras muchas que se alegaron, podrían tener toda la fuerza que se quisiera, pero el gobierno no quiso escucharlas y se mantuvo en una reserva inflexible: en la reserva que le daba su propia seguridad, su conciencia íntima de que á la hora en que se hacian todas aquellas gestiones debíamos estar ejecutados. Las órdenes eran claras, precisas, concluyentes, indudables, feroces y los encargados de ejecutarlas tenían la costumbre de la obediencia, de suerte que no era lícito figurarse siquiera que en aquellos momentos estuviéramos todavía con vida.

Por eso el Sr. Juárez contestaba cuando se le obligaba á contestar algo á los que se interesaban por nuestra suerte:

—La ley obrará: yo no puedo interrumpir los efectos de la ley que está por encima de todos nosotros. Y miéntras tanto, el Ministro de la Guerra D. Ig-

nacio Mejia aprovechaba todos los conductos de mar y tierra para apremiar á que se cumplieran las órdenes que habia respecto de los prisioneros en general y de las personas recomendadas en particular, si era que alguna causa, cualquiera que fuera, habia impedido cumplirlas.

Estas noticias nos fueron comunicadas á Monterey por los periódicos y las cartas que recibimos. Se nos tenía prevenido que no recibiéramos comunicacion alguna si no era por conducto del gobernador, á quien semanariamente ademas le habiamos de mandar las cartas de familia, únicas que nos eran permitidas, abiertas para que pudiera ponerles el pase á fin de que fueran admitidas en las oficinas del correo, lo cual quiere decir que estaba prevenida respecto de nosotros la mas estricta incomunicacion; pero teníamos amigos entre las mismas personas que rodeaban al gobierno, uno de ellos era Pancho Garza Treviño, y éste nos hacia el favor de ponernos al corriente de lo que pasaba, siendo muchas veces intermediarios inocentes de nuestros planes de evacion y de otros muchos que diariamente nos fracasaban. Estos pusieron en nuestras manos los periódicos que llevaban tan alarmantes noticias, y aunque por mi parte ya había muerto moralmente desde que estuve próximo á ser fusilado; veía bien claro que no había pasado mas que un peligro superficial y que el verdadero lo estaba corriendo en aquellos momentos en que debian haberse recibido las órdenes terminantes para que concluyera el incidente con nuestra definitiva ejecucion. De todos modos y aunque

la orden fuera de fusilarse á todos, sabía muy bien, que mi nombre había de encabezar la lista, tratárase de matar á muchos ó á pocos. Yo era el que en lo sucesivo iba á tener menos esperanza de salvacion.

Había recibido de Guadalajara un despacho telegráfico de mi hermano político, diciéndome que todo el comercio y personas respetables de aquella sociedad se habian dirigido á Juarez pidiéndole que me indultara de la pena de muerte y que se esperaban buenos resultados. Esto lo ví en los periódicos: Juarez contestaba que el gobierno procedería en justicia.

Aquella última esperanza estaba pues desvanecida.

Entonces me confirmé en que la única manera que tenia de salvar mi vida era evadirme de la prision y consagré todo lo que tenia de voluntad y de inteligencia á dar forma á tan audaz y á primera vista irrealizable proyecto.

A cuantos compañeros de la prision propuse que nos escapásemos, me contestaban, que era ya imposible, porque se ejercia sobre nosotros tal vigilancia que era para no dejarnos ni respirar. Al único que encontré un poco mas decidido fué al francés Texxié que por los muchos idiomas que sabía y por su natural astucia podía resultar un magnífico compañero.

—Tengo un plan, le dije, que ofrece algunas probabilidades de buen éxito.

—Con una sola probabilidad que tenga debemos intentarlo.

—Mi plan tiene muchas.

—Cuál es?

—A su tiempo lo comunicaré á vd. Por ahora necesitamos proveernos de pasaportes y..... nada mas.

Al dia siguiente se estuvo metido Texxié dentro de las cortinas de mi cama fabricando los pasaportes. Con unos naipes y una navaja hizo las letras de molde y con tinta de imprenta que se proporcionó, pudimos tener á los tres dias unos documentos tan bien hechos que podían pasar por los ojos del mismo Rocha sin que notara entre los nuestros y los que el extendía la menor discrepancia.

Entonces llevé á Texxié al brocal del pozo ó noria que estaba en el patio y le dije:

—Por aquí nos vamos.

Vi por unos momentos vacilar el valor de aquel hombre, quien exclamó con el semblante demudado:

—¿Por aquí?

—Es la cosa mas fácil, si no estoy errado en mis cálculos.

—No comprendo.

—Este pozo está comunicado con la casa inmediata.

—De veras?

—En las noches de luna he observado que sacan agua en la otra casa por medio de un carrillo semejante á éste y que el mozo, seguramente por decidia, deja despues el cubo dentro del pozo. Probablemente la extremidad de la soga debe tener un palo que queda bien atravesado en el carrillo.

En aquel momento sacaban agua en la otra casa y dije:

—Ponga vd. cuidado.

Se oía perfectamente el chirrido que hacia el frote de la sogá en el carrillo y veíamos moverse el agua al caer el cubo. A la sexta vez vimos distintamente que el cubo quedó dentro del agua y todo volvió á quedar en silencio. Texxié no respiraba, y cuando quedó convencido por si mismo de la bondad de mi plan, solo agregó este argumento:

—¿Y si la sogá del otro lado está tan mala como la nuestra?

—Eso no destruye el resto de las probabilidades que Vd. exige.

—Tiene vd. razon. Ahora vd. fija el dia.

—Mañana al oscurecer.

—Pueden vernos con la luz de la luna.

—Es otra probabilidad en contra, pero no podemos esperarnos por mas tiempo. Mañana llega Rocha á Monterey y pasado mañana iremos al patíbulo, vd. y yo los primeros.

—Queda resuelto ese punto. ¡Mañana! Yo me encargo de todos los pormenores.

Los pormenores eran: destrozár la sogá vieja del pozo que teníamos á fin de que los prisioneros contribuyeran para comprar una nueva, poveyéndose de una segunda para refaccion, proporcionarse un palo largo con un gancho en la punta para atrer con él la sogá del otro pozo y unir ambas en el punto en donde cesara la pared que dividia á los dos pozos, arreglar una maleta con lo mas indispensable etc. etc.

Rocha llegó en efecto por la tarde del dia siguien-

te, difundiendo esta noticia el pánico entre los prisioneros. ¡Demasiado sabian que era el encargado por el gobierno para llevar á cabo las ejecuciones!

Se me pasaba decir que los masones de Monterey habian comisionado á Mr. Landolf, dueño del hotel de San Fernando para que me visitara, cuando eran permitidas las visitas al principio de nuestro cautiverio, y que con ese caballero, que me dió las mas grandes pruebas de amistad, arreglé, en la única vez que hablamos, una clave de cifras y la manera de comunicarnos en el porta-viandas al cual le mandó hacer un secreto que solo los dos conocíamos. Otro dueño de hotel, Mr. Achille Chéron, se disputaba con Landolf la benevolencia de prestarnos servicios y se dió buenas mañas para hacernos llegar vinos y cerveza que nos estaban rigurosamente prohibidos. Este mismo me habia obsequiado con una botella de magnífico cognac que yo tenia oculta para aprovecharla en la mejor ocasion.

Avisé, pues, á Mr. Landolf que aquella noche íbamos á evadirnos, á fin de que nos tuviera listos los dos caballos que me habia ofrecido, con un guia que nos acompañara. Mr. Landolf me contestó de acuerdo, urgiéndome á que hiciera lo posible para salir de la prision, porque ya era público que el dia siguiente íbamos á ser encapillados.

No nos quedaba que hacer otra cosa mas que poner en ejecucion el proyecto. Para mayor seguridad teníamos informes respecto de la persona que moraba en

la casa contigua é hicimos esfuerzos para hacerle llegar un aviso, que no le llegó probablemente porque no tuvimos contestacion.

Ese vecino era un capitalista llamado D. Bernardino Garcia.

Era preciso aparentar ante nuestros compañeros la mayor calma y por la tarde me puse á jugar ajedrez con uno de ellos, miéntras Texiér daba la última mano á los preparativos. A Landolf le mandé decir que me mandara la comida despues de las siete de la noche para retardar el encierro que se verificaba á esa hora. Texiér vino á avisarme á la sala comun que habia llegado mi porta-viandas. Solo registré este para ver si venia un papel, y como estuviera vacio el lugar destinado á los mensajes cedí la cena á los prisioneros mas necesitados. Texiér me llevó á un rincon del patio y de entre las yerbas sacó la botella del cognac ya destapada y sus demas útiles de fuga. Dimos un gran sorbo cada uno de aquel líquido destinado á comunicarnos mayor resolucion y nos encaminamos al lugar en que estaba el pozo, todavia en la sombra, pues la luna llena solo estaba alumbrando la otra mitad del patio, con una luz tan clara como si fuera de dia. Echamos suertes sobre quien descenderia primero y tocó á Texiér, quien atando un extremo de la sogá al carrillo echó la otra parte al pozo á donde se introdujo violentamente, quedando convenido en que cuando todo estuviera listo, me haria la señal maullando como un gato. Si tenia tiempo haria nudos en la sogá del otro pozo para que pudiera ascender con mas facilidad y

la renovaria con la que llevaba de refaccion si no la encontraba en buen estado de resistencia.

Habia bajado ya y rechinaba la carrucha con su peso, cuando se me acercó un oficial prisionero del cuarto de los enfermos, aquel á quien habia cedido mi cena, diciéndome:

—¿Me permite vd. sacar un cubo de agua?

—Espere vd. un momento.

—Ha bajado uno por la sogá, ¿quien es?

—Cállese vd. hombre....aquí está el cabo cuarto á dos pasos y....se va á descubrir esto....que sirve para todos....

Tras de aquel oficial vinieron otros varios á ver lo que pasaba y entre ellos uno apellidado Nuñez, comandante de graduacion que me profesaba algun cariño personal.

El altercado se hizo mas y mas alarmante; pronunciándose el mayor número contra mi escapatoria, diciéndome que los comprometia.

—Todos debemos correr la misma suerte, exclamó el enfermo.

—Pero cuando me sacaron á fusilar en el Lobito, ¿fueron vds. á correr la mia? le pregunte con calma.

—Es diferente si vd. se va ahora, Rocha nos fusila á todos.

Nuñez intervino entonces exclamando:

—¿No son vds. hombres? ¿No han leído, pues, las noticias que vienen en los periódicos? Yo les mando á vds. que se estén quietos.

—Aquí todos somos iguales.

—Y no debemos consentir en que algunos nos aban-

donen. La libertad ha de ser para todos ó para ninguno.

—Pues yo tambien me voy, dijo Nuñez.

En esos momentos ó la señal que me hizo Texiér con la voz muy alterada: mas que imitar el maullido de un gato, produjo el gruñido de un tigre. Entonces les dije lanzándome al fondo del pozo cogido de la soga:

—Los que quieran salvarse, síganme: este es e camino.



CAPITULO XLVII.

INCIDENTES.

Mi principal temor una vez lanzado al abismo, fué que mis compañeros dieran la voz de alarma y que los soldados nos hicieran fuego dentro del mismo pozo, de suerte que por mas prisa que me diera á bajar, siempre daba tiempo á que la guardia ó por lo menos los centinelas que estaban junto á la noria, hicieran uso de sus fusiles, por lo que me parecia á cada momento oír sobre mí una descarga. Este natural temor me dió tal impulso que, incoscientemente me encontré al otro lado ya muy cerca de la boca del pozo vecino alumbrado por la luz de la luna.

Para subir, lo mismo que había hecho para bajar, solo me serví de los brazos, sin observar que Texiér había hecho á la cuerda algunas lazadas para que pudiera meter en ellas los piés y subir con mas descan-